Las Cortes de Galdós

Al redactar su episodio *Cádiz,* Galdós apenas sobrepasaba la treintena y era el doble de esta cifra el tiempo que distanciaba a él y a sus coetáneos de los comienzos de la España contemporánea. El mirador y las perspectivas eran, pues, adecuados. Precozmente maduro, el novelista grancanario tenía a esa edad bien formado ya su universo mental, si bien éste iba a sufrir inflexiones profundas que modificarían algunas visiones y creencias. Mas de medio siglo era también tiempo suficiente para valorar las dimensiones más trascendentes de lo acaecido en Cádiz en los días de la guerra de la Independencia. El estado de ánimo de nuestro primer novelista contemporáneo era igualmente muy idóneo para enfrentarse con el gran desafío de reconstruir el clima de las Cortes. Aunque las experiencias democráticas de la Gloriosa estaban dejando paso a la reposición del viejo escenario —incluidos algunos de sus principales actores—, en los inicios del otoño de 1874 Galdós mantenía toda su fe y todo su optimismo en la alianza del pueblo y la burguesía emergente, ideal de muchos sectores progresistas hecho realidad en varias facetas al calor de la onda renovadora de la «Septembrina». Aún se podía apostar por una España incorporada a la modernidad, no siendo Galdós el último en hacerlo de entre sus coetáneos.

Con tales presupuestos, podría esperarse que esta pieza de los *Episodios* fuese una de las más logradas y, sin embargo, no es así. Las carencias estilísticas que siempre aquejaron a la literatura galdosiana apenas si son más patentes en ningún otro *Episodio* que en el mencionado. Forzado un tanto en la trama argumental de esta primera serie, premioso y algo rocambolesco en su desarrollo, no provoca en el lector medio el interés ni el pathos de otros de la misma serie y de las posteriores. Los caracteres pintados en él están demasiado penetrados de connotación simbólica para tener vida propia, vacilando continuamente su creador entre la historia y la ficción para alcanzar su meta novelística, sin que por esta circunstancia acertara como en tantas otras de sus reconstrucciones a lograr dosificar y mezclar con maestría realidad histórica y fantasía literaria. Tal vez, consciente de ello, Galdós quiso salvar el gran escollo que en todos los sentidos significaba enfrentarse con el mundo de las Cortes de Cádiz, acentuando, como hemos dicho, la proyección simbólica de casi todos los hombres y mujeres que protagonizan el episodio; pero, al hacerlo así, el peso mítico escoró demasiado la obra hasta encallarla a veces en la simple caricatura.

Puede intuirse que el joven Galdós conocía de sobra los numerosos obstáculos que le saldrían en el camino de revivir literariamente los orígenes de España como país moderno. El desafío era muy grande, sobre todo para abordarlo en las páginas muy limitadas en número de un episodio. Pero hay que reconocer —posiblemente junto con Galdós— que no existía forma alguna de esquivar el retorno a Cádiz de Gabriel de

si en verdad los *Episodios* querían ser el catecismo ciudadano de la nueva España del último tercio del XIX, con el que don Benito había concebido la feliz y magna idea de escribirlos.

Desconocemos aún tantas cosas de la vida de Galdós escritor —en buena medida por su hermetismo temperamental— que son todavía muchas las interrogaciones y preguntas que caben formularse en torno al planteamiento del *Episodio* que ahora comentamos. Las fuentes historiográficas de su temática son una de las cuestiones susceptibles aún de una indagación detenida, empresa hasta ahora no realizada con pulcritud. Su consecución acaso sólo importara realmente a un público muy restringido e incidiría quizá en un plano no muy apropiado para juzgar la obra de un novelista. Pero incluso en éste no son pocas las preguntas que asaltan a su devoto lector. ¿Cómo es posible, por ejemplo, que un escritor familiarizado con el paisaje gaditano —puerto de entrada para sus tres venidas a la Península desde el archipiélago— no poseyera una paleta más cromática para dibujarlo en una hora crucial de su existencia? ¿Fue sólo el ritmo trepidante de su producción, la esclavitud cronológica de los *Episodios* —casi invariablemente de cadencia bimensual— lo que impidió unas páginas más vívidas, con mayor poder de evocación —y también literariamente más acordes con la magnitud del acontecimiento— a la hora de plasmar el ambiente reinante en Cádiz y en la isla de León el 24 de septiembre de 1810? Por muchas que sean las circunstancias que expliquen la atonía momentánea del pulso novelístico de don Benito en el verano de 1874, la apocada vibración de su pluma ante un hecho comprendido y amado sin reserva alguna, no puede por menos de lamentarse que el más popular autor de su época y quizá el de mayor capacidad modeladora de la conciencia nacional de los dos últimos siglos no tuviera en este *Episodio* uno de sus momentos de plenitud como creador impar de figuras literarias y reconstructor inigualable de los azares del pasado español del XIX.[1]

Una justa aproximación a este *Episodio* y su autor obliga a recordar cómo ningún otro de los miembros de la generación de 1868 logró triunfar allí donde el registro de Galdós no nos dejó sus mejores tonos. Es más, todos sus integrantes evitaron el difícil envite. Ni aun la misma Fernán, tan recurrente en todo lo que concernía a la patria chica de su madre, consagró páginas estimables por su extensión o calidad al capítulo doceañista de nuestra historia. Por otro lado, un gaditano al que ni siquiera la formación jesuítica de finales del Ochocientos logró desproveerle por completo de la idiosincrasia de su suelo natal —Coloma—, no se enfrentó abiertamente con el tema. Alguna alusión, poco detallada en general, al análisis del Cádiz de 1808 y poco más fue lo que salió de su pluma dedicado a la rememoración de la ciudad de Hércules durante la guerra de la Independencia. Éste habría de tardar en inspirar a algún novelista gaditano; y ello muy posteriormente, más que promediada la actual centuria, y también, por desgracia, muy defraudadoramente. Valera no se aventura, como es sabido, más allá del territorio de su campanario cordobés, mas pese a ello, no deja de sorprender que un novelista de sus características —muy poca imaginación inventiva, mucha imantación historiográfica y hasta arqueológica— no se sintiera atraído por el Cádiz de las Cortes.

[1] *Como síntesis de todo ello,* cfr. *S. Miranda García,* Religión y clero en la gran novela española del siglo XIX, *Madrid, 1982; y* Pluma y altar en el XIX. De Galdós al cura Santa Cruz, *Madrid, 1983.*

En las antípodas, caracteriológica y novelísticamente, no es menor la extrañeza provocada por la ausencia del tema en el vasto *corpus* de un Blasco Ibáñez. Y para rematar lo que bien podría considerarse como una anomalía novelística, pensemos que Cádiz estuvo presente en el orbe literario de Palacio Valdés con una de sus obras más de cartón piedra y desaliñadas.[2]

El mundo marginal al que el escritor asturiano pretendió acercarse en su reconstrucción de un Cádiz intemporal dentro del gran espacio de la segunda mitad del Ochocientos, constituía realmente el verdadero pueblo en una ciudad convertida en la capital de la España fernandina. Y este pueblo protagonista por títulos numerosos de aquel momento histórico y por el que Galdós experimentaba una simpatía desbordada, se encuentra sorprendentemente, increíblemente, relegado a una función coral y episódica en el episodio *Cádiz*.

En un terreno histórico y literario muy favorable para que el pueblo se erigiera en un motor fundamental de toda la obra, resulta muy significativo que el espacio cerrado —la casa, la élite— predomine sobre la calle —el pueblo—. Se alabará, ciertamente, la sintonía del pueblo gaditano con la hora histórica vivida en 1810; se llegará hasta ensalzar su actuación como público activo en el recinto de las Cortes, pero el despliegue de la obra no lo tendrá como actor principal.[3] Y para subrayar más la paradoja

[2] *Decididamente la conmemoración y la evocación de las Constituyentes gaditanas ha sido perseguido por un mal hado. Ya se quejaba de ello ante lo convencional y grisáceo de su primer centenario don Rafael M.ª de Labra. Medio siglo después, solamente el magnífico número 126 dedicado por la* Revista de Estudios Políticos *al recuerdo del siglo y medio del acta de bautismo de nuestro sistema constitucional salvó la cara de la comunidad científica española, despreocupada por la efemérides. Al cumplirse su 175 aniversario las cosas no parecen enderezarse, como lo patentiza el bochornoso espectáculo diplomático-cultural de marzo de 1987, aumentándose los estragos con el cavernoso oscurantismo de la organización creada para el digno recuerdo de aquella destacada fecha. Según se sabe, y para mayor abundamiento, el tema goza de idéntico mal fario en las artes pictóricas, tan atraídas en el* XIX *por los grandes cuadros de historia.*

[3] *«— ¡A las Cortes, a las Cortes!*

Parecía aquello preliminar de función de toros. Las clases todas de la sociedad concurrían a la fiesta, y los antiguos baúles de la casa del rico y del pobre habíanse quedado casi vacíos. Vestía el poderoso comerciante su mejor paño; la elegante dama su mejor seda, y los muchachos artesanos, lo mismo que los hombres del pueblo, ataviados con sus pintorescos trajes, salpicaban de vivos colores la masa de la multitud. Movíanse en el aire los abanicos, reflejando en mil rápidos matices la luz del sol, y los millones de lentejuelas irradiaban sus esplendores sobre el negro terciopelo. En los rostros había tanta alegría que la muchedumbre toda era una sonrisa, y no hacía falta que unos a otros se preguntasen adónde iban, porque un zumbido perenne decía sin cesar: "¡A las Cortes, a las Cortes!".

Las calesas partían a cada instante. Los pobres iban a pie, con sus meriendas a la espalda y la guitarra pendiente del hombro. Los chicos de las plazuelas de la Caleta y la Viña no querían que la ceremonia estuviese privada del honor de su asistencia, y, arreglándose sus andrajos, emprendían con sus palitos al hombro el camino de la Isla, dándose aire de un ejército en marcha; y entre sus chillidos y bufidos y algazara se distinguía claramente el grito general: "¡A las Cortes, a las Cortes!".

Tronaban los cañones de los navíos fondeados en la bahía; y entre el blanco humo, las mil banderas semejaban fantásticas bandadas de pájaros de colores arremolinándose en torno a los mástiles. Los militares y marinos en tierra ostentaban plumachos en sus sombreros, cintas y veneras en sus pechos, orgullo y júbilo en los semblantes. Abrazábanse paisanos y militares, congratulándose de aquel día, que todos creían el primero de nuestro bienestar. Los hombres graves, los escritores y periodistas, rebosaban satisfacción, dando y admitiendo plácemes por la aparición de aquella gran aurora, de aquella luz nueva, de aquella felicidad desconocida que todos nombraban con el grito placentero de "¡Las Cortes, las Cortes!".

En la taberna del señor Poenco no se pensaba más que en libaciones en honor del gran suceso. Los majos, contrabandistas, matones, chulos, picadores, carniceros y chalanes habían diferido sus querellas para que la majestad de tan gran día no se turbara con ataques a la paz, a la concordia y buena armonía entre los ciudadanos. Los mendigos abandonaron sus puestos corriendo hacia la Cortadura, que se inundó de man-

en autor y momento tan demófilos debe repararse en que el propio héroe, Gabriel Araceli, encarnación por antonomasia del pueblo gaditano, se nos aparece más ahora como una figura que, sin perder sus rasgos vertebrales de generosidad y altruismo, parece ganada por los mejores aspectos de la incipiente burguesía, llegando incluso e eclipsarse parcialmente su normal protagonismo social en beneficio de otro héroe en el que Galdós vendrá a simbolizar el prototipo del romántico y de lo romántico: Lord Gray.

Romanticismo entendido esencialmente como fenómeno históricoliterario más que como movimiento cultural, si esta distinción cabe hacerla, como nosotros lo creemos. Precoz como actitud vital y tardío como expresión literaria según algunas veces se ha dicho, este romanticismo español, ibérico, cuadra muy bien con el aire en que Galdós envuelve el nacimiento de la España contemporánea y que marca todo el episodio de *Cádiz*. El romanticismo como impulso, como *élan*, como sacudimiento de inercias y rutinas, como desamarre, en fin, de todo peso muerto para volar y construir el futuro. El romanticismo, podríamos decir, en su dimensión más colectiva y solidaria; sin arcaísmos ni egoísmos; sólo fuerza vital, ilusión inembridable, capacidad de entusiasmo y de ensoñación pragmática.

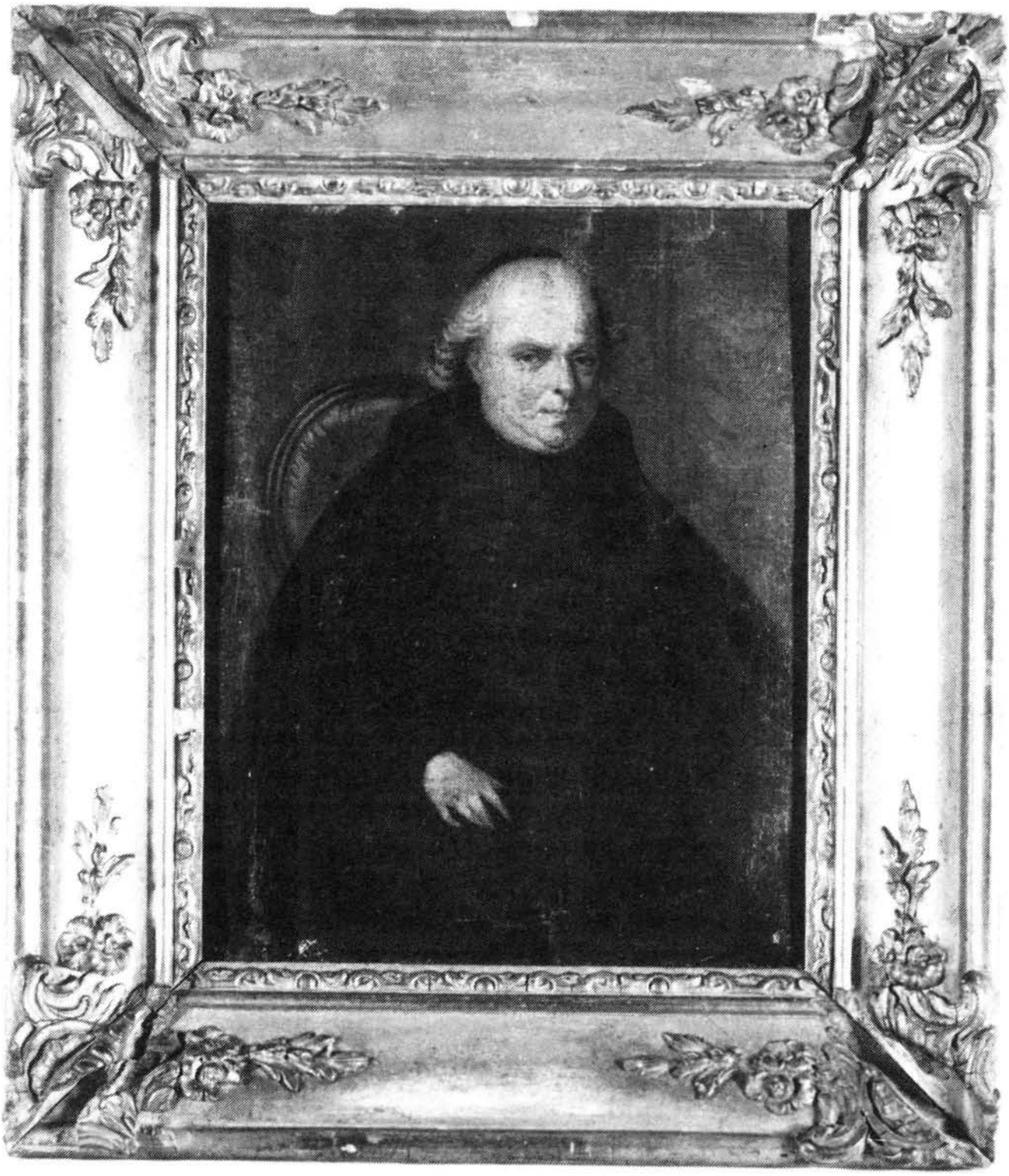
Es muy revelador de la acepción que el romanticismo encuentra en esta obra galdosiana —nos atreveríamos a decir que en toda la primera serie de los *Episodios*— el que la visión preponderante de España en el de las Cortes de Cádiz sea por encima de todo una concepción integradora.

La contraposición entre dos nociones de España es tal vez el nervio argumental de todo el *Episodio*. El *parti pris* del autor es manifiesto, y no se esfuerza mucho en ocultarlo. No obstante, la dialéctica entre estas dos imágenes de España no tiene los crispados perfiles que en otras obras galdosianas e incluso en otros *Episodios* mostrará. Posiblemente fue así en *Cádiz*, donde un patriotismo fervoroso y la propia atmósfera sociocultural de la trimilenaria ciudad azemó aristas y crispaciones; pero también es lo cierto que Galdós estaba particularmente interesado en que la idea de concordia, de unidad en la pluralidad de *nova et vetera* predominase como mensaje final de su episodio. No incurrió, por ello, claro está, en el panfilismo o en un ciego optimismo, pero al describir a don Pedro del Congosto y su cruzada por la indumentaria tradicional —«... y si todos los españoles, como él dice, hicieran lo mismo con la costumbre de vestir a la antigua, vendría el pensar a la antigua» (p. 864)—; e incluso al reproducir de manera muy singular algunos de los discursos parlamentarios del por él muy injustamente maltratado cura Terrero, campeón y adalid de la España negra, Galdós, más que someterlo a una crítica implacable, se limitará a poner un poco en solfa sus ideas y pensamientos.[4]

cos, cojos y lisiados, ganosos de recoger abundante cosecha de limosnas entre la mucha gente, y enseñando sus llagas no pedían en nombre de Dios y de la caridad, sino de aquella otra deidad nueva y santa y sublime, diciendo:

— ¡Por las Cortes, por las Cortes!». B. Pérez Galdós, «Cádiz», en Obras Completas, *I, Madrid, 3.ª ed., 1950, p. 873.*

[4] *«Terreros, el cura de Algeciras, gozaba también de gran popularidad, no, como dice Galdós en su* Episodio Nacional *«Cádiz», porque se le tomara a broma y se hiciera chacota de él, sino porque con su ceceo andaluz y con su ingenio tuvo a cargo la parte irónica de la Asamblea». R. Solís,* El Cádiz de las Cortes. La vida en la ciudad en los años de 1810 a 1813, *Madrid, 1958, p. 271.*



Diego Muñoz Torrero, presidente de las Cortes en 1812

Para introducir más elementos de análisis en la concepción global de este *Episodio* galdosiano hay que tener siempre en cuenta lo expuesto al comienzo del presente trabajo. Galdós lo escribió cuando la noble y un tanto utópica visión de la convivencia española explicitada en el código gaditano había desplegado ya todas sus virtualidades en una historia de dramatismo superior a toda la de los pueblos del occidente europeo, con excepción tal vez de Irlanda y Polonia. A la altura de los años 70 ningún español podía engañarse respecto al inmenso costo provocado por el afianzamiento institucional del liberalismo. Mas era característica genuina de los más ardidos partidarios de éste el renovar continuamente sus motivos de esperanza y de optimismo. La coyuntura del Sexenio dio, claro es, muchas alas a tal sentimiento, que en el caso particular de Galdós no volvió a rebrotar, al menos con igual fuerza, y que incluso se despeñaría contra la para él muy hosca realidad social de la Restauración —en 1876 aparecerá *Doña Perfecta*—. Sin embargo, estamos aún a mediados de 1874 y, pese a todo, todavía podía albergarse la esperanza en el ánimo de un tan esforzado e insobornable liberal como lo fuera don Benito.

Muy curioso por lo que hace al tema que venimos comentando, es anotar el espacio privilegiado que en este *Episodio* adquiere la tertulia y, en general, el diálogo civilizado entre los personajes de su censo. Forma social muy típica del siglo ilustrado en otros países, la tertulia, también nacida en nuestra patria en la llamada centuria borbónica, conocerá, empero, en nuestra tierra, su mayor difusión y esplendor en el siglo XIX, de cuyas costumbres formará parte muy esencial.[5] Aunque las dos tertulias pintadas morosamente por Galdós son a manera de polos magnéticos que atraen respectivamente a los partidarios de la España tradicional y a la del progreso, la pluma de don Benito no extremará el antagonismo, empleando una ironía bienhumorada distinta de la corrosiva que en tantas otras páginas posteriores se adueñará de su pincel.

> Dejémonos de niñas: hombres, hombres quiero en mi tertulia; literatos que lean versos; currutacos que sepan de corrido las modas de París; diaristas que nos cuenten todo lo escrito en tres meses por las *Gacetas* de Amberes, Londres, Augsburgo y Rotterdam; generales que nos hablen de las batallas que se van a ganar; gente alegre que hable mal de la Regencia y critique la cosa pública, ensayando discursos para cuando se abran esas saladísimas Cortes que van a venir (p. 862).
>
> Allí no se juega tampoco. Allí no van Quintana, el fatuo; ni Martínez de la Rosa, el pedante; ni Gallego, el clerizonte ateo; ni Gallardo, el demonio filosófico; ni Arriaza, el relamido; ni Capmany, el loco; ni Argüelles, el jacobino, sino multitud de personas deferentes con la religión y con el rey (p. 869).

Mientras los enfrentamientos discurran por las aguas forzosamente sosegadas de unas tertulias protagonizadas por gentes del más elevado nivel social o cultural, el recurso a la violencia física o a la dictadura biológica se ofrecerá difícil y complicado. Es esto lo que piensa, sin duda, Galdós al dar ancho cauce en su obra a la discusión y al diálogo por acalorado que sea el tono que alguna vez registre. La civilización que deseaba implantar el liberalismo se basaba ante todo en la persuasión por la palabra oral, en la

[5] *Resulta excelente la caracterización que de la tertulia dieciochesca en Francia realiza uno de los* enfants terribles *de las letras y el pensamiento españoles actuales, F. Savater, «Madame du Deffand: frivolidad y agonía», en* Revista de Occidente, *74-5 (1987), pp. 88-102.*

fuerza congénita de la capacidad suasoria de quien se hallaba compenetrado con un pensamiento profundamente atraído por todo lo humano y valedor y fiador del hombre como el agente principal de cualquier progreso.

Las Cortes serán la cifra y el compendio de un modelo de convivencia basado en la libre emisión del pensamiento, en la posibilidad de alcanzar la verdad por esfuerzos concurrentes:

—Pero en último resultado —preguntó la condesa— ¿hay Cortes o no?
—Sí señora; las habrá.
—Los españoles no sirven para eso.
—Eso no lo hemos probado (p. 866).

Como ya observamos, pese al hondo irenismo que impregna todo el episodio, Galdós no era un iluso y no deseaba que nadie lo tachara de serlo reescribiendo una historia de España para uso exclusivo de optimistas a ultranza. Innumerables serán las pruebas e impedimentos que habrá de vencer el liberalismo antes de aclimatarse en la bronca Península. A la duda de Amaranta, la duquesa, a su escepticismo frívolo, compendio de todas las posturas ancladas en el mantenimiento intacto de privilegios y comodidades, se juntará la de los adalides de la Cruzada del Obispado de Cádiz, exponentes y representantes de la tentación de fuerza, de coacción armada a la que tan proclive se han mostrado amplios estratos de la sociedad española contemporánea: «Y nos vestimos así para salir por esos campos hendiendo cabezas de filósofos y acuchillando enemigos de la Iglesia y el rey. Ríanse del traje en buena hora, que en cuanto sean despachados los mosquitos que zumban más allá del caño de Sancti-Petri volveremos acá y haremos que los redactores del *Seminario Patriótico* se vistan de papel impreso, que es la moda francesa que les cuadra» (p. 865).[6]

Los mismos liberales no estarán exentos de culpa a la hora de colocar obstáculos al triunfo de su credo, por su actuación ligera e irresponsable en no pocas ocasiones —«verdad es que los liberales, como los absolutistas, han tenido aquí desde el principio de su aparición en el mundo ocurrencias graciosísimas» (p. 865)—.

Al reconstruir algunos de los lances y episodios más conocidos de la vida política gaditana durante los meses iniciales de la primera experiencia constitucional en nuestro país, puede leerse entre líneas cierta censura a las actitudes de algunos liberales más célebres, como, v.gr., Bartolomé José Gallardo. La impaciencia y la prepotencia fueron siempre para Galdós dos ángeles malos que frenaron el consolidamiento institucional y la vigencia social del liberalismo hispano.

A su partida de nacimiento consagra Galdós varios pasajes de su obra. Toda una galería de personajes y personajillos —Quintana, Martínez de la Rosa, Muñoz Torrero, Ostolaza, Argüelles, Toreno, Mejía Lequerica, Pedro Quevedo, Calomarde, Gallego, ..., esto es, Cádiz como cruce de caminos de los españoles de «ambos mundos»— desfilan y son retratados, aunque no siempre con excesiva precisión histórica, por los capítulos del *Episodio*. Siendo imposible someter a un chequeo historiográfico a este inventario de hombres y episodios gaditanos —trabajo, por lo demás, de muy dudoso interés, co-

[6] *Don Benito sentaba demasiado la mano a los difíciles comienzos de nuestros partidos políticos, parto en todos los sitios siempre difícil.* Ibíd.

nocida la cultura historiográfica de Galdós y su manera de documentarse— únicamente consignaremos que el relato de un Galdós convertido en cronista parlamentario retrospectivo es cuando menos muy animado y puede servir de complemento valioso a la lectura de los anales políticos de aquellos días o de libros escritos por los propios protagonistas, como la encomiable por muchos títulos y razones *Historia* de Toreno.

Aludida muy someramente la atmósfera espiritual e ideológica en que se incubó el primer Parlamento de corte moderno de la historia hispana, provocaría estupor omitir, aunque fueran tan sólo unas líneas dedicadas a su escenario físico, es decir, a la fisonomía de la ciudad de Hércules. No es mucho tampoco lo que sobre ella aporta Galdós, ni en éste ni en el *Episodio* con el que se inaugura la serie, *Trafalgar.* Afortunadamente, hace una treintena de años una buena tesis doctoral nos dio lo esencial de esta fisonomía urbana, *El Cádiz de las Cortes* del acendrado gaditano Ramón Solís. [7] A vuelta de algunos elogios —«largo istmo que sirve para que el continente no tenga la desdicha de estar separado de Cádiz» (p. 849)— y de la descripción con grandes trazos de pluma de algunas ventas, casas, calles y plazas —especialmente la de San Juan de Dios, bellamente evocada como uno de los principales mentideros de la ciudad—, y de la iglesia de San Felipe Neri, todo el poder descriptivo del autor se concentra, como no podía ser menos, en el retrato de la celebérrima calle Ancha —«... Bolsa, Bolsín, Ateneo, Círculo, Tertulia. Era también un Club»—, bien descrita en su función como acabamos de ver, pero evocada con no demasiada gana literaria, habida cuenta de sus numerosos encantos y de su estructura sin igual. El Puerto parecía otro obligado punto de cita de nuestro autor, que, sin embargo, resulta esquivado, salvo alguna alusión excesivamente generalizadora y sin ningún puntillismo literario o histórico.

Igual pintura evanescente y en exceso globalizadora la encontramos, según quedó expuesto más arriba, al hablar de la sociedad gaditana, más morosamente descrita en *Trafalgar,* aunque sin que por ello se adentrara tampoco el autor por demasiados preciosismos. No hay en *Cádiz* ningún cuadro social circunstanciado, a no ser el de sus escasos mendigos, pero también aquí la pintura resulta abstracta y sin relieve, sobre todo si la comparamos con la de *Misericordia,* en la que la mendicidad madrileña es revivida con una fuerza creadora sin igual —bien que esto lo fuera un cuarto de siglo más tarde, precisamente en el último gran momento de plenitud del novelista—, Aunque en aquellos instantes la sociedad gaditana era más aluvional que nunca por la casi triplicación de su padrón demográfico y la presencia de españoles e hispanoamericanos venidos de todos los rincones de la monarquía, las notas de su entorno social no llegaron por ello a desaparecer según se constata en fuentes de variada índole. Galdós obvió la complejidad de este entrechoque social, de este, *avant la lettre,* rompeolas de toda España, planeando su pluma sobre los estratos más superficiales, sin adentrarse nunca por la viñeta o el cuadro de interiores arquitectónico y social. La tan traída y llevada burguesía gaditana no comparece en ningún momento con color propio en el *Episodio* galdosiano. La aristocracia presente en él no ofrece igualmente mucho sabor de época

[7] *He aquí cómo reconstruye un novelista la atmósfera: «Eran muchos los que iban a la ciudad de la Isla a asistir a las reuniones del Congreso y comentaban luego en los corrillos de la calle Ancha y en las reuniones y tertulias del café de Cossi o del Apolo, los incidentes de sus sesiones». R. Solís,* Un siglo llama a la puerta, *Madrid, 1963, p. 309.*

y menos aún local. En *Cádiz* era esta clase, como se sabe, muy reducida.[8] Pero sobre sus contactos con la nobleza refugiada en la ciudad por temor al francés se corre un denso velo. El estamento eclesiástico no goza de excesivo protagonismo, aunque es descrito con pincel muy halagüeño en líneas generales. El rico mundo artesanal de este lugar incomparable de Andalucía no tiene cabida en las páginas galdosianas, atraídas sí por algunas capas marginales y del bajo pueblo, como los venteros y las gentes que pululaban en torno a sus establecimientos. Algunos toques inimitables del maestro hacen intuir la reconstrucción tan enjundiosa y vivaz que de la sociedad gaditana de 1810 pudo dejarnos don Benito, en el caso de que hubiera entrado en sus cálculos.[9]

Aunque —valdrá repetirlo— con cierta menesterosidad de recursos, la «lección» o, por mejor decir, el mensaje y la onda generada por las Cortes de Cádiz quedó envidiablemente plasmado en el *Episodio* galdosiano. Incluso sus sombras se proyectaron en el cuadro debido al escritor grancanario. El nacionalismo que escribía también por entonces sus primeros renglones deja muchas huellas en las páginas de *Cádiz*. Un nacionalismo espiritualista, de colores menos groseros y de rasgos más atractivos que casi todos los restantes nacionalismos europeos, pero chauvinista al fin. Así lo vemos en los vivos diálogos entre Gabriel Araceli, Lord Gray, doña Flora y Amaranta. Las puntualizaciones de los españoles son justas y exactas en cuanto al imperialismo británico, pero desprenden a su vez cierto tufo de exaltación patriotera, visible y también explicable en el mismo elogio del novelista hacia las heroicas tropas canarias que formaron parte de las fuerzas de Alburquerque. Chauvinismo que llega también a apoderarse de su pluma, introduciéndole por el camino de las rodomontadas al hablar de una Andalucía paradisíaca —«el día era hermoso, claro y alegre cual de Andalucía» (p. 849)—.

Como obertura del concierto de exaltación localista, regionalista y nacionalista, ya al final del *Episodio* anterior, *Gerona,* el joven teniente Gabriel Araceli había cantado a su «patria chica» en términos de una sobreabundancia poco acorde, en lo profundo, con el carácter más genuino de una tierra tan penetrada de sutil ironía y de comedimiento como la gaditana. Sin embargo, un poco paradójicamente, el más patriotero y españolista de los discursos expresados en las páginas de *Cádiz* corría a cargo de Lord Gray, representante por excelencia en este *Episodio* del treno y la exageración románticos. Ciertos perfiles del personaje y en particular de sus conversaciones y parlamentos parecen sacados, con copia fiel, de la figura de Lord Byron, uno de los muchos románticos ingleses viajeros por Andalucía, singularmente por la Andalucía atlántica de la

[8] *«Ninguno de aquellos emigrados comprendía que se pudiera estar orgulloso de trabajar. El mayor título de nobleza era para ellos el acreditar que en sus ascendientes contaban con varias generaciones de ociosos y que tenían medios de fortuna para proporcionarles a sus descendientes igual privilegio.*

—Aquí, en Cádiz, hasta los nobles comercian. Resulta gracioso ver un epígrafe comercial adornado con una corona de marqués o conde.

—La nobleza de Cádiz tiene de antiguo ese privilegio. Por otra parte, los países civilizados no consideran reñida la nobleza de sangre con el comercio.

—Ciertamente, pero no deja de ser una rareza local.

—Una rareza de la que se honran los nobles gaditanos». Ibíd., *p. 240.*

[9] *Una introducción al asunto que nos ha venido ocupando en C. Viñes Millet, «Cádiz en los* Episodios Nacionales *de B. Pérez Galdós», en* La burguesía mercantil gaditana (1650-1868), *Cádiz, 1976, pp. 313-9.* Cfr. *igualmente S. Miranda García y J.M. Cuenca Toribio,* La visión de Andalucía en los grandes novelistas del XIX.

Bahía de Cádiz, lindante con un Gibraltar muy bien descrito en todas sus funciones por Galdós en éste y otros *Episodios,* tampoco «sureños», sin embargo. [10] Los laudes a España del supuesto rival amoroso de Gabriel Araceli pertenecen a la mejor veta del nacionalismo romántico y a la carta de naturaleza que dentro del europeo adquirió la idea de España y lo español.

... y aquí encontré las mayores delicias, porque no hay fábricas ni fabricantes panzudos, sino graciosos majos; ni polizontes estirados, sino chusquísimos ladrones y contrabandistas; porque no hay boxeadores, sino toreros; porque no hay generales de academia, sino guerrilleros; porque no hay fondas, sino conventos llenos de poesía, y en vez de lores secos y amojamados por la etiqueta, estos nobles que van a las tabernas a emborracharse con las majas; y en vez de filósofos pesantes, frailes pacíficos que no hacen nada; y en vez de amarga cerveza, vino, que es fuego y luz, y sobrenatural espíritu. ¡Oh amigo! Yo debí nacer en España. Si yo hubiera nacido bajo este sol, habría sido guerrillero hoy y mendigo mañana; fraile al amanecer y torero por la tarde; majo y sacristán de conventos de monjas, abate y petimetre, contrabandista y salteador de caminos... España es el país de la naturaleza desnuda, de las pasiones exaltadas, de los sentimientos enérgicos, del bien y el mal sueltos y libres, de los privilegios que traen las luchas de la guerra continua, del nunca descansar... (p. 897).

Por éste y varios otros pasajes muy significativos del *Episodio* que centra nuestra atención, Cádiz se dibuja en el caminar de nuestra historia contemporánea como puerta de entrada de los aires románticos, que para Galdós —al menos para el Galdós de los *Episodios*— son aires de la libertad, de una libertad regeneradora política y culturalmente. Su denostado siglo XVIII vino a acabar realmente con la detención en los caños de la Cortadura y Sancti Petri de las tropas napoleónicas, marcando entonces el reloj de la Historia una «de las principales dobleces del tiempo».

José M. Cuenca Toribio y Soledad Miranda García

[10] *«Por mi parte deseaba ardientemente entrar en la Isla. Aquel pantano de sal y arena, invadido por movedizos charcos y surcado por regueros de agua salada, tenía para mí el encanto del hogar nativo, y más aún las peñas donde se asienta Cádiz en la extremidad del istmo, o sea en la mano de aquel brazo que se adelanta para depositarla en medio de las olas. Yo veía desde lejos a Cádiz, y una viva emoción agitaba mi pecho. ¿Quién no se enorgullece de tener por cuna la cuna de la moderna civilización española? Ambos nacimos en los mismos días, pues al fenecer el siglo se agitó el seno de la ciudad de Hércules con la gestación de una cultura que hasta mucho después no se encarnó en las entrañas de la madre España. Mis primeros años, agitados y turbulentos, fuéronlo tanto como los del siglo, que en aquella misma fecha vió condensada la nacionalidad española, ansiando regenerarse entre el doble cerco de las olas tempestuosas y del fuego enemigo. Pero en febrero de 1810 aún no había nada de esto, y Cádiz sólo era para mí el mejor de los asilos que la tierra puede ofrecer al hombre; la ciudad de mi infancia, llena de ternísimos recuerdos, y tan soberbiamente bella que ninguna otra podía comparársele. Cádiz ha sido siempre la Andalucía de las ondas, graciosa y festiva dentro de un círculo de tempestades. Entonces asumía toda la poesía del mar, todas las grandezas del comercio. Se multiplicaban en aquellos meses su poesía, grandeza y gloria, porque iba a contener dentro de sus blancos muros el conjunto de la nacionalidad, con todos sus elementos de vida en plena efervescencia, los cuales, expulsados del gran territorio, se refugiaban allí, dejando la patria vacía... La Historia, al llegar a esta isla y a esta peña, es tan fecunda que ni ella misma se da cuenta de la multitud de hijos que deposita en tan estrecho nido». B. Pérez Galdós, «Gerona», O. C., Madrid, 1950, p. 843.*